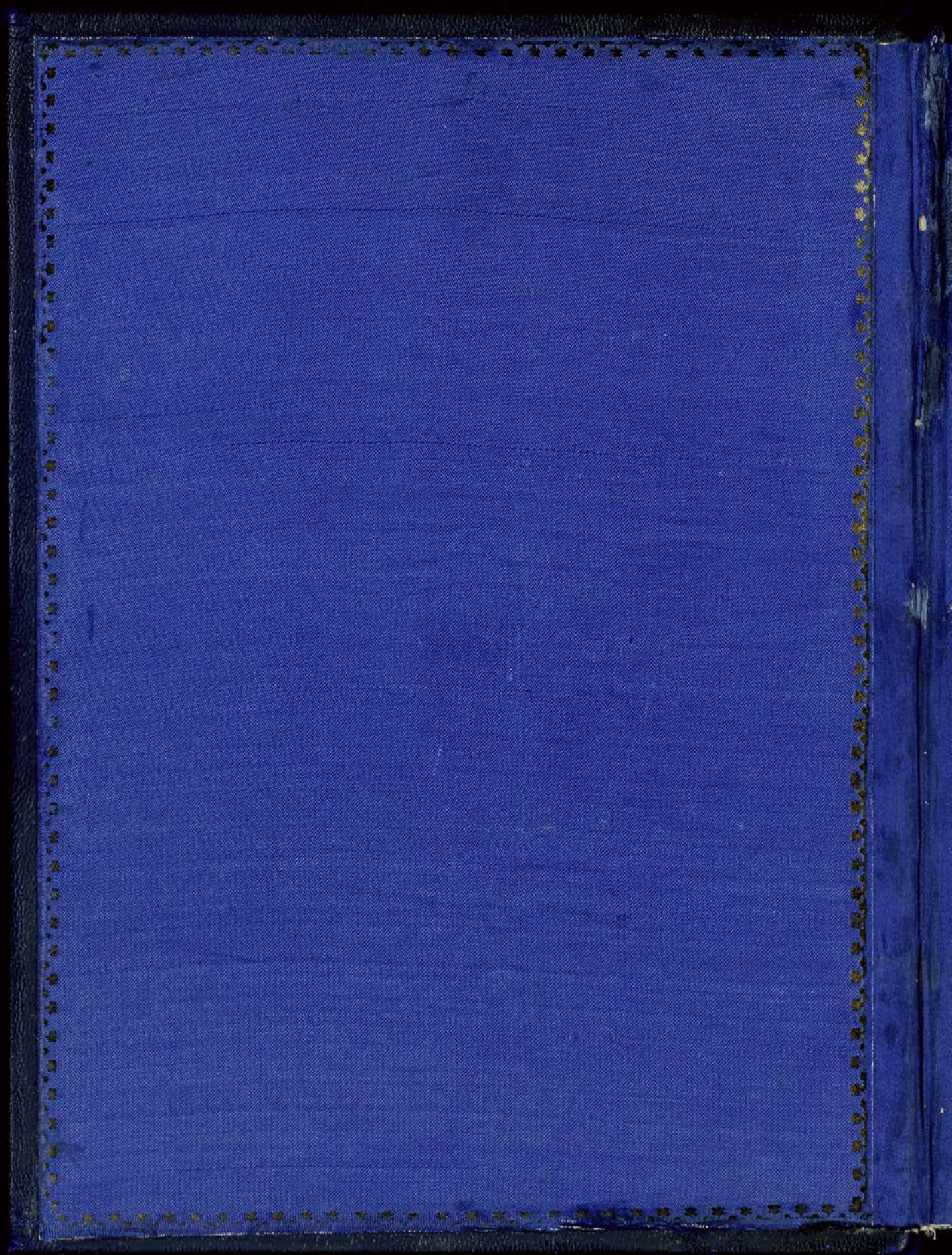
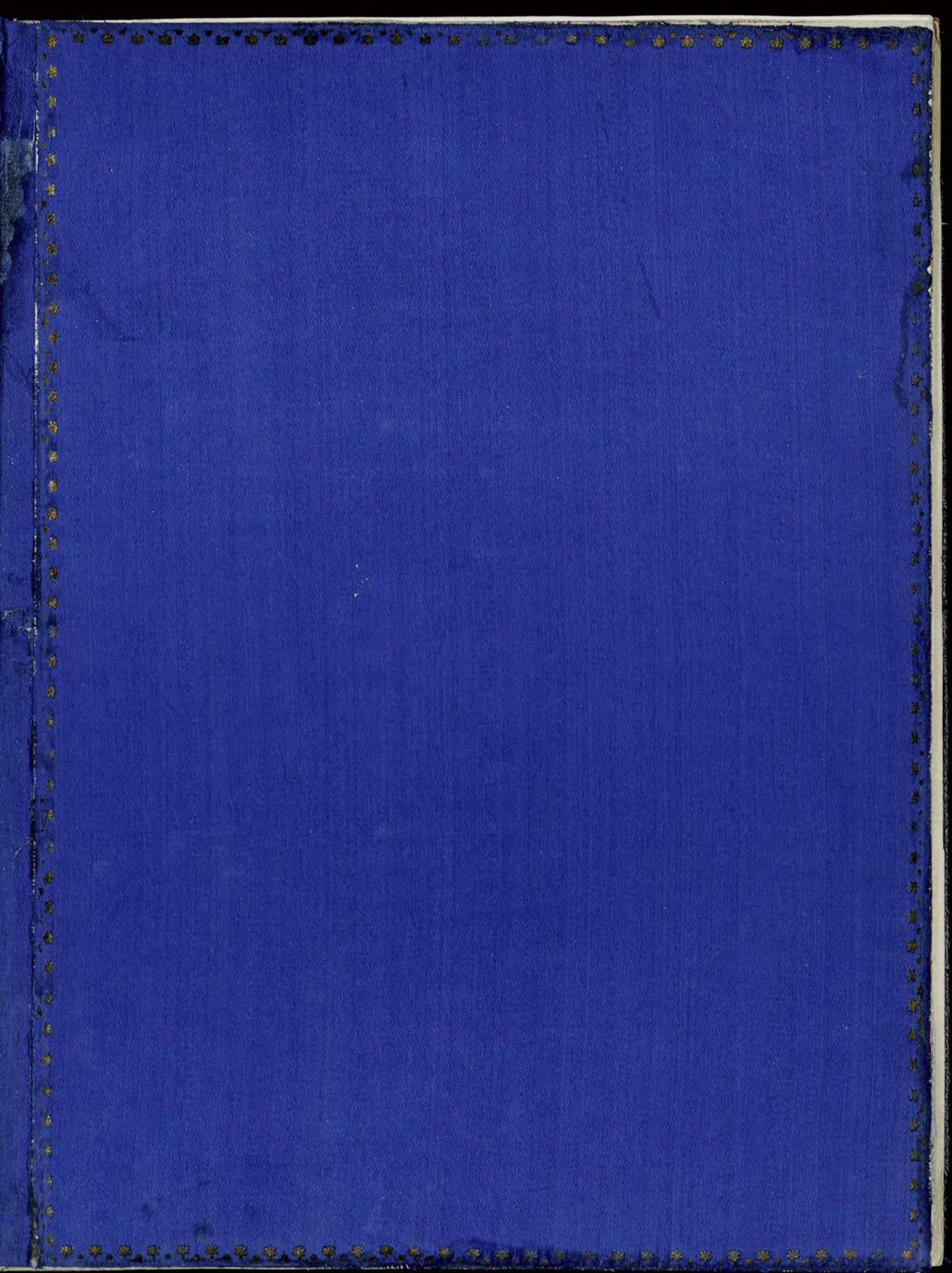
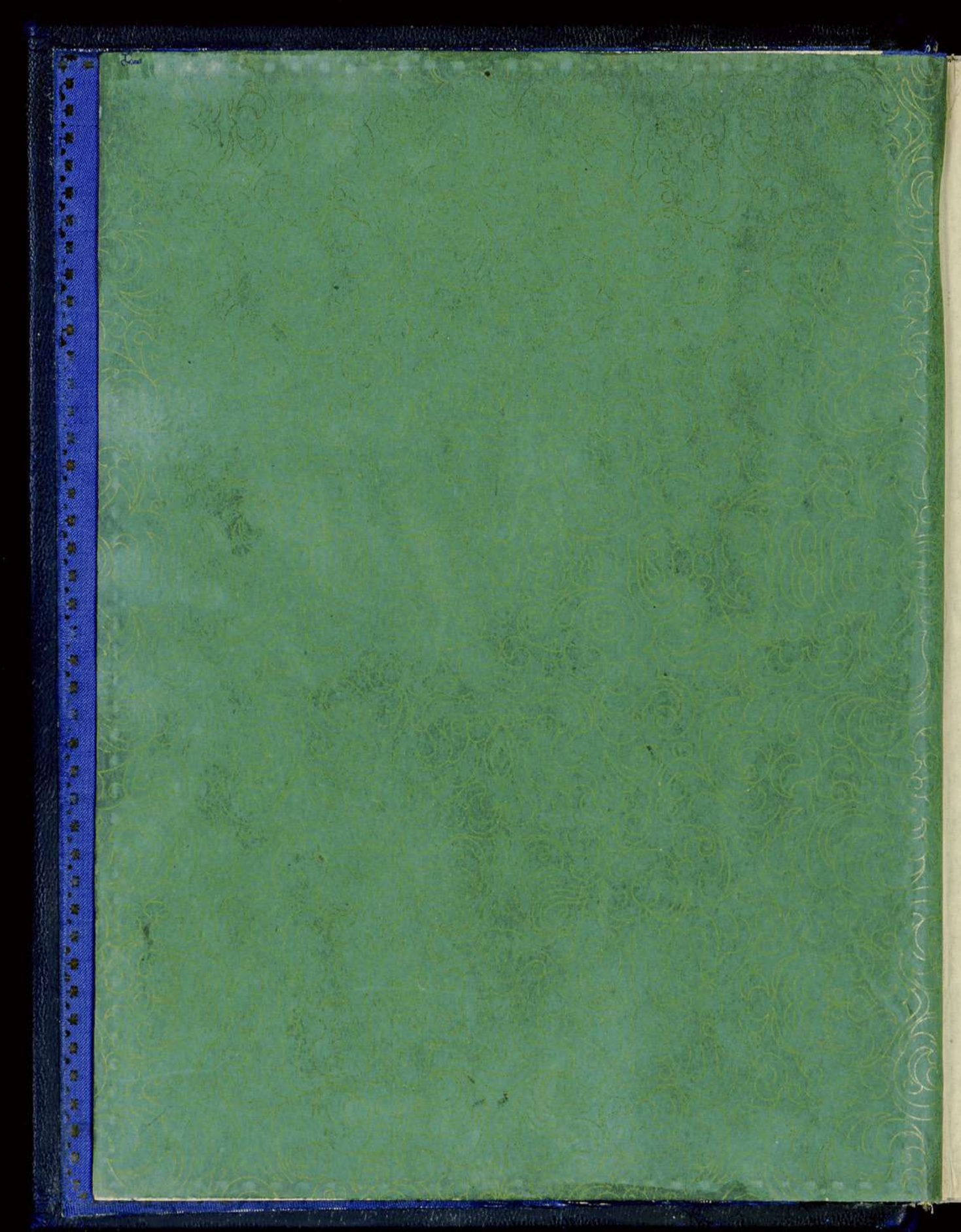










001915

LUNA



LUNA



SUMARIO

AURELIO ROMEO, EN LA REPISA • NOTAS POLITICAS • ANTONIO DE LEZAMA, AVENTURAS Y DESVENTURAS DE DON INVERECUNDO • PABLO DE LA FUENTE, ALEJANDRO • ED-
MUNDO BARBERO, ERNESTO VILCHES • SANTIAGO ONTAÑON, SI TU SUPIERAS...! (GUIÓN
PARA UN FILM) • CUADERNO DE POESIA, EPISTOLA MORAL A FABIO, y NOTAS
DE LECTURA, por J.R y J.C.

Portada (L'APRES MIDI D'UN FAUNE) e Ilustraciones de ONTAÑON

Año II

Noche del 17 al 18 Marzo 1940

Num 17

AMERI

JOHANNES

JOHANNES DE AMERICA
JOHANNES DE AMERICA
JOHANNES DE AMERICA
JOHANNES DE AMERICA
JOHANNES DE AMERICA

JOHANNES DE AMERICA

JOHANNES DE AMERICA

EN LA REPISA

641

REALMENTE mi estatura no es muy grande, pero nunca pude i maginarme que me vería tan chiquito como en la noche pasada me he visto. No sé que extraño ruido ajeno a los acostumbrados en la casa, me despertó y me hallé perdido en una inmensa sábana de nieve templada, al pié de un monstruoso iceberg. Extendí el brazo una y otra vez en busca del comutador de la lámpara sin que mis esfuerzos diesen resultado. Poco a poco mi ojo se fué acostumbrado a la semi-oscuridad del cuarto y los débiles resplandores provenientes de la calle fueron suficientes para iluminar la escena. ¡O habían crecido los muebles desmesuradamente o era yo quien había encogido lamentablemente! Pronto salí de dudas. La transformación había afectado tan solo a mi persona: todos los demás dormían en la mas apacible de las tranquilidades en sus lechos de natural tamaño y a mi lado, semejaban gigantes y prehistóricos seres. Pensar en dormirme de nuevo era tontería. Aun dejando de lado la inquietud de espíritu que mi nueva condición del enano mas pequeño del mundo, me producía, la materialidad del sueño no se me ofrecía fácil. No tenía almohada ni sabanas ni mantas. No conseguí encontrar el pañuelo que me hubiera servido para taparme; además, recordaba que lo había dejado debajo de aquella monstruosa montaña y no cabía pensar en moverla de su sitio: era demasiado pesada para mis diminutas fuerzas. Así me decidí a sacar el mayor beneficio posible de mi encogimiento y me dispuse a emprender un viaje circular por la habitación.

-Haré un pitillo antes de empezar- me dije. Mas cuando quise realizar mi proyecto, hube de desistir de él ante el desme

surado estudio que suponía manejar un papel tan grande como una alfombra y tener que ir depositando sobre él las grandes ramas de tabaco.

A paso corto para no fatigarme demasiado me dirigí hacia lo que yo suponía ser los pies de la cama. No estaba equivocado y a los diez minutos de marcha esa distancia estaba cubierta. Volví los ojos atrás y allí lejos, mi reloj, idéntico al de una torre me marcaba la hora, las tres y cuarto.

No os diré cómo, porque tampoco yo puedo explicármelo ahora cuando he vuelto a mi ser normal, pero el caso es que conseguí encaramarme hasta la repisa que adorna nuestra habitación y sirve de estantería.

¡Qué paisaje! A favor de la luz creciente, los objetos iban distinguiéndose mas claramente y aunque su identificación, a primera vista, no era muy sencilla, perdido el sentido de la relatividad, fui catalogando mis descubrimientos. Podía pasearme con toda seguridad por la repisa. ¡Curioso mundo el que se me permitía contemplar! Comencé mi caminata. Solo después de pensar un rato, caí en la cuenta de que el monolito que tenía delante de mí era la caja de los hilos. Las letras que yo había tomado por inscripciones, eran las que tantas veces había visto sin detenerme a ver lo que decían. Mas allá, un segundo bloque me hizo caer en la confusión de hallarme ante un monumento a la aviación caída. ¡Era el ibis estilizado de la caja del calcio!

Al pasar por encima de una resbaladiza superficie, negra, reluciente, estuve a punto de originar una catástrofe. Resbalé, y en mis traspiés fui a dar de cabeza contra una roja columna que se vino abajo, arrastrando en su caída lo que me pareció ser el esqueleto de un misterioso animal, y un pulido bloque de mármol blanco con ordenadas vetas negras y coloradas. Afortunadamente, todo se detuvo al borde la cornisa. Renuncié a levantarlos y seguí adelante.

Me detuve a dejar paso a una moto que iba a doblar la esquina de una fachada, pero esperé en vano. Acercándome, creí reconocer al conductor: ¡Naturalmente! Era el doctor Romeo. Tan bien él se detuvo y estuvimos charlando un buen rato. A mis ávidas preguntas no me sabía contestar nada.

-¿De qué me estás hablando? Veo, sí, que eres mi hijo, tienes la misma altura, pero te encuentro cara de mas viejo, ese bigote....Tu debes tener, si no me equivoco, seis años...¿Pero que haces aquí solo, a estas horas? Anda, sube, y vamos para casa. Tu madre estará intranquila.

Yo asistía al monologo sin poder pronunciar una sola palabra. No entendía nada de nada, de lo que me estaba diciendo.

¿Yo, seis años? En Febrero último acababa de cumplir los veintiseis. ¿El bigote? ¡Si desde que empezó la guerra lo llevaba! ¡Que mas quisiera yo que por el medio que fuese marcharme a casa!

-Doctor, ¿como está Tere? ¿Y el chico? ¡Tengo unas ganas de darles un abrazo! ¿Y la doctora?

-¿Quien es Tere? ¿De quien ese ese chico de que me hablas? Supongo que te referirás a tu madre, cuando hablas de la doctora. Tu madre está bien, por lo menos estaba bien esta mañana cuando yo salí de casa. ¿A que horas has salido tu? ¿Con quien has venido?

-Pero ¿no conoces a mi mujer y a mi hijo, a tu nieto? ¿En qué época vives? ¡Estás muy atrasado de noticias!

-¡Que manera de hablarme es esa, tú un mocoso! Hoy es día 27 de Abril de 1919....

-¿27 de Abril de 1919? Una de dos, o yo estoy loco o lo estás tu....perdona....no sé lo que me digo...Estoy hecho un espantoso lio.

Aterrado, levanté los ojos y encima de nosotros surgió otra aparición. Velados en una tenue neblina blanca aparecían mis padres. Ella, con un negro vestido de encaje y él con negra levita y alto cuello almidonado. Ella, velo blanco en la cabeza y resbalando por el cuerpo. El, zapato de charol y vueltas de raso en la levita. Nunca los había visto así. Pero eran ellos, mas jóvenes, casi tanto como yo era antes de transformarme en el enanito.

-¡Madre!, grité con toda la fuerza de mis pulmones. ¡Doctor! Sacadme de este laberinto. Ambos inclinaron la cabeza procurando descubrir de donde y de quien partían aquella tan extraña llamada. No me vieron en un principio y tornó él a contemplar la.

-¡Madre! -repetí, alzandome cuanto pude sobre la punta de los pies.

Al fin me vieron. Pero con gran sorpresa mia, no se precipitaron a recogerme. Lenta, afectuosamente, se me acercaron.

-Es curioso, Aurelio, como se parece este chiquillo a tí. Es igual que tú. ¿Por qué nos llama, madre a mí y a tí, Doctor?

-No sé. No le conozco y sin embargo hay algo que me ata a él.

-Yo tambien siento una cosa rara.

Tambien yo sentía algo, una cosa rara me corría por todas las venas. El corazón iba retardando sus latidos, dentro de poco se pararía. ¿Por qué no me conocían? ¿Se habían olvidado de mí en un año? No podía creerlo?

Sentí una mano suave, tierna, que me acariciaba, y luego un

beso, dulce, muy dulce.

-¡Madre! pronuncié en voz muy baja, temiendo que el sonido de mis palabras pudiese destruir el encanto de ese instante. La mano se estremeció ante la callada llamada y la caricia se hizo mas intensa.

-Me gustaría tener un hijo como éste, tan parecido a tí.

No podía soportar mas aquella situación. Con un esfuerzo de desesperado me alejé rapidamente, arriesgando una caída al abismo desde la altura de la cornisa. Hice alto mas lejos, escondido detrás de unas enormes cajas metálicas. Quería estar solo, pensar en todo lo que me estaba sucediendo. ¡Apenas hacía dos días que había recibido cartas de mis padres, cartas como las de siempre! Y en cambio, cuando había estado hablando con ellos no me conocían.

Embebecido en mis tristes pensamientos seguí paseando. El cansancio se fué apoderando de mí y busqué reposo sentando en el borde de la cornisa, con las piernas colgando sobre la profundidad. La luz era ya mucho mas intensa. Podía ver casi completamente hasta el último rincón de la habitación. En el lado opuesto, la cornisa se prolongaba y por ella se movían seres de otros tiempos. Soldados, gente vestida de blanco; un gigante mal trajeado y de pobre aspecto estaba sentado en la misma postura, poco mas o menos, que yo. A su lado, inmensas copas metálicas con inscripciones. En una esquina un caballo sobrenatural llevaba en sus lomos a una pareja, hombre y mujer. Medio encabritado, el animal, parecía haberse detenido ante la proximidad del peligro.

A mis piés, las cinco camas. Ahora veía que el gran campovado era mi lecho. Los otros cuatro, estaban ocupados por Pablo, Barbero, Santiago y Pepe. Dormían muy tranquilos. No merecía la pena despertarlos. Además, probablemente no me hubieran oído. Lancé una última mirada hacia atrás. Allí seguía el extraño mundo por el que había desfilado horas antes. Impasibles.

Subitamente me pareció que todo lo que me rodeaba disminuía de tamaño. Un poco, muy poco, pero tambien yo iba creciendo. Las distancias se acortaban y la realidad volvía a imponerse. Un crujido leve, de madera, me alarmó. Había sonado a mis espaldas. Giré la cabeza rapidamente y al hacerlo me di un golpe contra la pared que me hizo tambalearme. Me aferré a lo que tenía mas a mano, pero aquellos pesados bloques de poco hacía se dejaban mudar de sitio con mucha mas facilidad. Pensé en un terremoto. No. No era eso. Apenas si podía moverme ya en la repisa. Tenía que pensar en bajar si no quería verme rodando por el aire. En unos cuantos brincos alcancé a situarme enci-

ma de la cama. Vacilaba. A lo mejor al caer armaba un escándalo monumental y se despertaban. Pero si no me lanzaba, a los pocos minutos, la repisa se derrumbaría conmigo y con todo lo que había encima de ella y la cosa iba a ser mas seria.

Mis dudas encontraron resolución impensada. Detenido mi crecimiento durante un rato, di un brusco estirón que hizo crujir todos mis huesos, el asiento me fué insuficiente y caí. Sonaron los muelles del colchón. Me incorporé un poco atontado y aún bajo la impresión de mi pequeñez eché a andar. Y esta vez si que fué bueno el trompazo. Sin advertirlo llegué al borde de la cama y antes de que pudiera impedirlo fui a parar al suelo. Afortunadamente, ya la altura era poca y mi cuerpo bastante grande. Frotandome la parte dolorida me levanté y me derribé en el lecho.

Pasada una hora, un vivo dolor en la espalda me obligo a investigar. ¡Mi reloj de pulsera se me estaba clavando despiadadamente! Al tenerlo en la mano, comprobé que no podía ser fantasía lo que me había sucedido. Abrochada la hebilla de la pulsera, no podía haber escapado de la muñeca a menos que hubiera dado de sí o aquella disminuido.

Elevé la mirada. En la repisa estaban las fotografías con las que había estado hablando: la de mi padre cabalgando en esa moto que no sé a quien perteneció, y la otra, el retrato de boda de mis progenitores.

¿Sueño, realidad? No lo sé, ni lo sabré nunca. La razón me dice que todo ha sido fantasía; el corazón desea que fuese en soñación, pero ¿y el reloj?

Con nadie puedo consultar; nadie ha sido testigo de mi excursión. Con disimulo me he subido en una silla, ya entrado el día, para satisfacer mi curiosidad. En la espesa capa de polvo que cubre la repisa, se ven facilmente una huellas que muy bien pudieran ser pisadas, pero que tambien pudieran obedecer a las impresiones de nuestros dedos cuando buscamos algo depositado en ella. Mas lo que tambien he visto, ha sido que el diccionario sueco-inglés, "El Hombre Solo" y las tenazas de poner herretes estaban caidas. ¿Es un dato positivo de mi aventura? ¿Es, una vez mas, el olvido de restituirlos a su posición cuando se derrumban? No lo sabré nunca.

Aurelio ROMERO.-

NOTAS POLITICAS

Se firmó la paz entre Rusia y Finlandia y con unas concesiones territoriales, de las que no vamos a negar la importancia, conserva Finlandia su independencia y ha escapado de la suerte de Polonia. Esta consagración de su resistencia no le ha sido negada por ningún comentarista. Pero el hecho práctico es que la URSS es ya una potencia del Báltico, en frente de Alemania y Suecia.

Muñoz Grande ha recibido la orden de cese como Secretario General de la Falange. Se aborda con ésto la crisis a que hemos aludido en otras ocasiones y resulta vencedor el omnipotente cuñado del Generalísimo. Falta de ver las repercusiones de este hecho en algunas capas del Ejército e, incluso, en algunos grupos de la Falange. Por lo pronto es ya el segundo Secretario general que despachan en un año.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE DON INVERECUNDO



¿POR qué la pluma rabelesiana de Santiago Ontañón no completó lo que su pincel pagano y mojado en sensualismo nos pintó de don Inverecundo? ¿Qué sentimiento amistoso le impidió contarnos las andanzas y malandanzas de su conterraneo el armador don Inverecundo, el montañés salaz cuyo invierno es una brasa cubierta de nieve?

Acaso incurra en el enojo de mi buen amigo descubriendo los trapicheos amorosos y las veleidades conyugales de su esposa, a quien unos padres tan poco previsores del porvenir como faltos de buen gusto hubieron de bautizar con el nombre de Digna, que había de acompañarle toda la vida con tan engañoso barbete de igual modo que a él su tío, el canónigo, le impuso la pesadumbre de llamarse Inverecundo por la desvergüenza con que desde recién nacido se produjera una criatura, que, andando el tiempo solo vivió por y para el amor.

-¿Habeis visto, decía su progenitor orgullosamente, que chi carrón es y qué hombre?, y "este hombre" descubría su admiración por las dotes físicas de que le dotó natura.

-Pues, a mí, objetaba el canónigo, viendo a su sobrino manotear de modo bastante equívoco, me parece un sinvergüenza redomado y habrá que recordárselo siempre llamándole así.

-Pero, tío, exclamaba la madre, opulenta santanderina ¿cómo quiere usted bautizarle con un insulto?

-¿Y para qué está el latín o el griego, criatura?, argüía el sacerdote mientras miraba de reojo la pródiga despensa que alimentaba al chiquillo. Se llamará Inverecundo, que no es ni mas ni menos, si acaso menos, escabroso que circuncisión u otros nombrecitos que andan por el santoral.



Trascendentales motivos familiares, a los que no eran ajenos los dineros del prebendado, dieron cumplimiento al propósito, e Inverecundo se llamó el niño.

Juventud alocada, madurez rica en sibaritismos y ancianidad viciosa y hasta perversa fueron las del héroe a quien Santiago, tal vez discípulo suyo en "ars amandi", está inmortalizando en nuestras portadas de LUNA, muy posiblemente con visible enojo de la diosa Selene, de cuya castidad tanto hablan los mitólogos a pesar de ciertas aventurillas con Endimión que solo con mirar a la hermosahija de Júpiter y Latona sufría tan descuidados pasmos que cerrando

los ojos se quedaba dormido mientras las cándidas ovejuetas y triscadoras cabras se le escapaban del aprisco para su vergüenza y descrédito de pastor.

Sobre la persona de don Inverecundo las Gracias habían volcado todos sus favores menos los de tipo físico, porque, eso sí, el arriscado montañés era rico, nada tonto, simpático, generoso, valiente, etc, etc, pero mas feo que Picio, si no cuentan las crónicas y falta indecorosamente a la verdad la paleta del mas genial de los pintores españoles que han pisado el parisino café de "La Rotonde".

Relatar los devaneos de don Inverecundo equivaldría a reeditar a Bocaccio, Doña Maria de Zayas o Guy de Maupassant.

La vista de unas faldas le trastornaba los sentidos, la gachonería de una mozueta haciéndole cara le hacía perder los estribos y olvidarse de sus negocios navieros aunque sus cuartos se fuesen al garete como las cabras de nuestro mencionado Endimión.

Don Inverecundo, con sus sesenta y dos años encima pero con una lujuria que ya se iba trozando en cerebral, no comprendía otra cosa que el amor, y como el conyugal le sabía a poco, ya sabremos el por qué a su debido tiempo, se refugiaba en el amor clandestino, que a sus naturales goces unía el encanto de ser flérida mas dulce y sabrosa que la fruta del cercado ajeno de que habla el poeta, que en vida se debió de hartar de ciruelos de las huertas vecinas y dar muy malos ratos mordis queando las manzanas de los casados conocidos.

Loco le traían los encantos de Doña Paquita, mujer de prietas carnes y lascivo conteneo, esposa de Fabian, su consocio del "Mercantil", pero como este hombre era excesivamente caseiro y egoísta, no veía la manera de abordar a la casadita, y todo era volverse en él y en ella suspiros y miradas cuando don Inverecundo les visitaba.

-¿No sale usted nunca, Paquita?, preguntaba con mal fingida indiferencia.

-¿Como es posible con este hombre?, respondía la provocadora dama. -Hacerle que vaya al casino me cuesta un triunfo y si lo consigo es porque le gusta jugar con usted al ajedrez y cuando está aquí no lo puedo dejar solo porque en su apatía necesita constantemente de mí.

-Yo, querido Fabian, me aburriría como una ostra siempre metido en casa. ¿Cómo no pasea, no hace deporte, y, si me apura usted un poco, como no engaña a su mujercita con algún trapicheo?

-¡Calle usted, calaverón, y no me lo pervierta!

-Pues, si que me aburro, confesó el marido, -pero la pereza no me deja moverme, aunque me gustaría algo entretenido pero reposado y que no exija cansancio.

-Pesque usted, dijo con sorna el viejo verde.

-Pero para eso hay que andar, contestó Fabian.

Bon Inverecundo, que en aquél momento miraba el puerto por el balcón que ante él había, vió brillar una luz en su cerebro, hermosa idea, soberbio pensamiento.

La casa de don Fabian a cincuenta pasos de los muelles, una barca, el campo libre, la mujer coqueta, él gallardo y calavera,,.

Un oportuno favor recibido de su amigo fué el pretexto para regalarle una linda barquita con una vela de facilísimo manejo, sedales, anzuelos, cebos, cuanto se necesita, en suma, para satisfacer el capricho de un pescador y la intranquilidad de esos estúpidos seres que se llaman peces.

Y don Inverecundo, en las frescachas mañanas de Marzo, bien envuelto en su pañosa, con su bimba un poquito ladeada, un ramo de olorosas flores en una mano y con la otra agarrándose la larga barba de chivo se encaminaba, con paso encalabrinado, a la casa del pescador y mientras este, no muy lejos de allí, se tumbaba a la bartola en la barca mientras los peces se comían sibaríticamente el cebo puesto en los anzuelos, él pugnaba, entre los brazos de doña Paquita, por realizar proezas que le resultaban mas difíciles que los doce trabajos de Hércules.

Duraron estos escarceos eróticos lo que tardó la esposa del pescador en desilusionarse del añoso Sileno y no fué ajena al

fin de la aventura una vendedora de sardinas, viciosa y lagartona, que vió el cielo abierto al enterarse del truco de la barquita, que era precisamente lo que estimaba como complemento de su felicidad y la del enamorado pero comprensivo amante Neduco.

El pobre don Inverecundo saltaba de las formas frágiles y elegantes de Paquita a las rotundas y tostadas por el sol y el yodo de la sardinera, hasta que ya dueño Neduco de la lancha sintió la mordedura de los celos y dió a entender a don Inverecundo el riesgo de que la navaja con que destripaba el pescado le hurgase también en los intestinos.

Con cara torva regresó una noche a su domicilio, situado en los arrabales, llevando su sempiterno ramo de flores en la mano, cuando al alzar la vista observó, tras los cristales de su cuarto, la figura ticianesca de su esposa, que no pudo pensar que le estuviera esperando porque la dama se mostraba con aquella ausencia de indumentaria que tanto impresionara a los jueces de la divina Friné.

Dió un respingo don Inverecundo, lanzó entre dientes dos o tres aromadas imprecaciones con dirección al cielo y acabó por apaciguarse achacando la ligereza de ropas de doña Digna a una imprevisión, a un inocente descuido.

Lo malo fué que como formando nube al celestial desnudo de su conyuge un azulado humo acusaba la presencia de un fumador en la marital alcoba.

Intranquilo, volvió la cabeza para ver si había alguien en la misma acera y sus recelosos ojos tropezaron con la vista de un llamativo cartel en que un Mihura parecía querer arremeter a invisible enemigo, y en letras rojas leyó don Inverecundo la palabra siniestra de Toros.

Fueron unos días trágicos. El aemador, apenas si atendía a sus conquistas con su preocupación y torcedoras dudas. Se paseaba pensativo y melancólico por solitarios lugares.

No se le iba de la imaginación el recibimiento que le hiciera Doña Digna, sus mordaces palabras, sus mortificantes alusiones, sus insidiosas reticencias y aquél frenético repetirle: "No olvides que quien a hierro mata, a hierro muere".

Tenía la certeza de su desgracia, pero le faltaban las pruebas y a su martirizado pensamiento acudía el recuerdo de la noche famosa: la silueta desnuda de doña Digna, el humo de ta

tabaco y el pajolero cartelito, que era con su astado bruto como un espejo acusador de su propia imagen. ¡Por qué no llegaría antes! ¡Con quien estaría la casquivana! ¡Quien fumaría en su mismísima alcoba y posiblemente su propio tabaco!

Cuando él entró, doña Digna, haciendo honor al nombre, estaba en el lecho leyendo "Las Moradas", -¡para moradas él!- mientras fumaba un aromático pitillo de tabaco rubio.

¡Maldita suerte, en todas las esquinas aparecía el cartelito de los toros que aún recordaba las pasadas fiestas taurinas! Valiéndose de su condición de concejal hizo que desaparecieran tales "affiches", pero, una tarde, en el escaparate del mas lujoso comercio de Santander, atraía la general atención el conjunto de regalos conseguidos para una fiesta benéfica y junto a una copa de plata, regalo del ilustrísimo señor don Inverecundo, etc, etc, figuraba, como un sarcasmo, una escultura representando un receloso toro con la testuz humillada. ¡Caramba, esto era demasiado!

Sumido en negros pensamientos caminaba, caminaba hasta que al pasar por una apartada calle de extraradio llena de solares, creyó oír una voz conocida. Parose don Inverecundo y ya no eran voces sino suspiros entrecortados. Su salacidad se despertó dominante y tras de mucho buscar encontró una rendija entre dos tablones mal unidos de la valla. Miró, quitándose la reluciente chistera; miró, miró y por fin logró ver algo que le puso sus escasos cabellos de punta.

-¡Puñeflas! ¡Doña Digna y Neluco!

Han pasado días, semanas, y aun que la filosofía de don Inverecundo le llevó a una transacción con su mujer, que, mujer al fin!, le hizo ver lo blanco negro, la desgracia de nuestro héroe ya no tiene remedio porque la conversación de las paces que él comenzara con mucho brío poco después del almuerzo, acabó diciéndole con aire despectivo doña Digna:

-Anda, hijito, vete, todo es inútil, no ves que tu reloj marca ya las seis y media.



Ahora don Inverecundo, con su inverosímil chistera, sus ojos saltones y su larga y teñida barba es el paseante asiduo de los bosques y los jardines públicos, por donde marcha, ávido y fracasado sátiro, tras las chiquillas y las niñeras o las parejitas de enamorados que buscan discreto rincón para sus expansiones amorosas.

Antonio DE LEZAMA.



ALEJANDRO

CUANDO empecé a trabajar tenía solo catorce años. Había salido de un colegio donde únicamente enseñaban elementos de todas las ciencias. Uno de esos colegios, ahora vueltos a florecer en España, en los que se descuida totalmente la formación del individuo y se estimula el método memorista. Si algo tengo que agradecer a aquellas enseñanzas es saber que lo de entonces no sirve para nada y que, en cualquier parte menos en aquello, está el camino a seguir.

En mi casa se detestaban los libros. Mi madre, como principal elemento activo de la familia, catalogaba todos los volúmenes como novelas, y luego les aplicaba la frase, de clásico sabor clerical "novelas, ni verlas", y nos dejaba libro sano. En estas condiciones estaba completamente desarmado para la lucha con el medio que, afortunadamente para mí, no tenía un nivel muy diferente del de mi familia y mi colegio.

Hasta tal punto era esto así, que la aparición de Alejandro en nuestra oficina causó la misma extrañeza que si hubiese entrado en ella un habitante de otro planeta. Junto a nosotros, chiquillos de quince a veinte años, él era un hombre con sus treinta cumplidos. Frente a nuestra humilde posición de empleados de poco sueldo, él era un potentado, pues lo sabíamos casado con una rica heredera y viviendo en u

na de las calles principales. ¿Por qué, pues, venía a trabajar entre nosotros? Lo supimos mas tarde. Al menos la cara externa del secreto. Su suegro lo había recomendado al director del Banco, y él decía que aquel pequeño sueldo era lo que precisaba para nivelar su presupuesto mensual.

Alejandro era poeta, y no en el sentido provincial de la palabra. Sus versos, que se nos hacían incomprensibles, aparecían en la revista "España", de Madrid, publicación que tenía un prestigio inmenso entre nosotros, pues firmaban en ella escritores de un sentido nuevo, culto y difícil. Es evidente que cuando Alejandro desestimaba los periodicos de la provincia y era acogido por los de Madrid, tenía que ser un poeta bueno, y más que poeta, un "intelectual", palabra ésta que iba poniéndose de moda y que lo distanciaba aún más de nuestro nivel.

También por su vida nos resultaba extraño. Nosotros creíamos en la estampa del poeta con melenas y chalina, de vida amarga y descuidada. Alejandro no llevaba ninguno de aquellos atributos y su vida cómoda estaba reglamentada del modo mas riguroso. Ma-
drugaba, desayunaba fruta, daba un largo paseo. Se acercaba despues al centro y junto al mismo puesto de periodicos repasaba a diario toda la prensa llevándose dos o tres números. Ya de camino a la oficina hacía una rápida visita a la principal librería, recién abierta, y solía salir con uno o dos volúmenes bajo el brazo.

A fuerza de ver con sus ojos envidiosos los libros que pasaban por sus manos, comenzamos algunos a pedirle prestamos de su biblioteca, lo que el comenzó inmediatamente a hacer, anotando cada entrega en un cuadernito que llevaba en el bolsillo. Acercandonos más a su amistad, a dos de nosotros nos llevó a su casa y puso a nuestra disposición un gran armario, a tiborrado de volúmenes.

Por los pasillos de su casa curioseaban las visitas dos cabecitas infantiles, y a la altura de nuestra vista estaban colgadas fotografías de los retablos de Romero de Torres, con dedicatorias. Además de su prestigio de poeta intelectual, había que añadir el de amigo de un pintor famoso. Todo ello contribuyó a que abriésemos mejor los oídos a sus palabras y empezásemos a querer dar un contenido a la conversación. Así pudo él, casi sin que nos advirtiésemos de ello, dirigir nuestra lectura indicándonos volúmenes y autores que fueron creando el sedil-

mento preciso para afianzar algunas ideas que empezaron a insinuarse. Pasaron por nuestras manos Valle Inclán, Perez de Ayala, Azorin, D'Ors, Ortega y Gasset, Baroja, Miró, Andrenio. Y Unamuno. Unamuno, eje del pensamiento de Alejandro llegaba con una preparación verbal y motivaba muchas conversaciones cada lectura. "El sentimiento trágico de la vida" abría ante nosotros abismos difíciles de salvar. La religión católica se nos presentaba a una luz diferente de la mortecina de los santuarios y su patético sentido fatalista levantaba en nosotros una ola de disconformidad y rebeldía.

Los libros de Alejandro estaban llenos de acotaciones y notas marginales. Eran el guión de nuestras conversaciones posteriores. Nuestro pensamiento necesitaba equilibrarse después de los esfuerzos y a ello nos ayudaba la conversación que nos abría nuevos apetitos de lectura. Algo ilustrados sobre Kierkegaard pasamos a los nórdicos. El "Amor y Matrimonio" de Ellen Key nos llevó a "La edad heroica" de Zulueta y a las teorías de Wegener, igualmente falsas. La confusión de doctrinas apagaba nuestra busca de la verdad.

Hasta entonces cabía dudar si Alejandro nos imponía la ruta o nos dejaba seguirla a nuestro antojo. Vivía yo ya en Madrid y por correo seguía el préstamo de libros. Llegaron los rusos. Empecé a acudir a conciertos y vino la "Vida de Beethoven" de Romain Rolland, y otras mas breves, cuyos autores he olvidado de Chopin, Mozart y Wagner. Con ellos literatura de V. Hugo, Zola, Balzac.

Tanto título y ¿que queda?. Alejandro se había impuesto una tarea principalmente demoledora. Arrebatar primero la timidez supersticiosa, arrancar los yerbajos estériles que la mala educación escolar había dejado crecer, removerlo todo y sembrarlo de inquietudes ¿para qué?

En un viaje a Madrid hablamos de una serie de problemas personales e intelectuales. Era para mí esa edad en la que uno se pregunta constantemente cual va a ser la orientación que corresponde dar a la vida. Y ¿cómo había de saberlo si mil rutas distintas se dibujaban en mi cerebro movido por mil impulsos diferentes?

Me habló de unas recientes cartas mías y apuntó la idea de que mas pronto o mas tarde acabaría escribiendo. No era ésto lo que yo deseaba. Me atraía la

medicina, o la filosofía, o una cátedra, o la música, o la arquitectura. Pero tenía que seguir largos cursos y en aquellos años se tiene una incomprensible prisa por llegar.

Me dejó una guía de lecturas que arrancaba de la Historia de las Ideas Estéticas, de Menéndez Pelayo. Y luego, un sistema metódico de conocer la literatura clásica española.

Yo seguí sus planes y los míos. Hice entonces mi bachillerato y empecé a frecuentar las clases de la Facultad de Filosofía y Letras, de la que me sacó el movimiento del 29, para no volver más por entusiasmo en un nuevo camino que se ajustaba mejor a mi actividad.

Y poco a poco fui cortando la amistad con Alejandro, no comprendiéndole ya en su vida metódica y sin sobresaltos, (así pensaba yo, cuando hubo nada menos que un intento de suicidio y una tragedia familiar y económica).

Se quedaron atrás sus cartas, sus poemas, sus disciplinas de lectura, su vida. Y cuanto más lejos, más me cabe la sospecha de que sigo aun el cauce por él marcado entonces, mientras mis planes independientes han fracasado uno tras otro.

Pablo DE LA FUENTE



CRONICA TEATRAL

ERNESTO VILCHES

ERNESTO VILCHES como Bonafé, pertenece a una familia de marinos de guerra de alta graduación y de pretensiones aristocráticas. Sus condiciones naturales de actor, unidas a sus conocimientos y amistades así como su cultura y esmerada educación, le abrieron paso fácilmente en el teatro siendo aun muy joven cuando ya tenía fama como galán cómico y genérico, puestos en los que ha obtenido sus mejores éxitos lo mismo que Simo-Raso.

Desde el primer momento se mostró tan buen actor como hombre vicioso y poco respetuoso con la moral establecida. Muy joven todavía fué a América. En uno de sus viajes por el Continente conoció a su mujer una bellísima dama norteamericana, elegantísima, culta, hija de un diplomático de aquel país y a la que debe Vilches gran parte de lo que ha sido por haber encontrado en ella una colaboradora inteligente y preparada.

Por los años 6 ó 7 fué contratado en el teatro de la Comedia de Madrid, revelándose desde el primer día como un actor genial, asombrando al público y a la crítica por lo dispar de sus creaciones. Al lado del viejo profesor de la comedia alemana "Juventud de Principes", el Pepin Castrolejo de "Las de Cain" de los Quintero, así como el Principe Silvio de "La Escuela de las Princesas" de Benavente, al lado del hortera en la comedia de Ariniches y García Álvarez "Genio y Figura".

Ya en la Comedia estudiaba sus futuros proyectos de revolucionar el teatro, proyectos de los que se

reñan sus compañeros de trabajo apegados a la rutina. El año 12 fué contratado como un primer actor por la Compañía Guerrero-Mendoza, con cien pesetas de sueldo, cifra ésta excepcional pues la Compañía contaba con otros dos primeros actores, Díaz de Mendoza y Thuiller. Permaneció en la Compañía dos años haciendo durante ellos otros dos viajes a América. Con la Guerrero tuvo dos éxitos muy grandes, acaso los dos mas completos de toda su carrera. Uno con "El rubio" de "La Malquerida" de Benavente y otro con el Harry Luccienti de "La noche del sábado" tambien de D. Jacinto. Este último es mas de destacar porque la obra fue reprisada entonces, estando todavía latente la magnífica creación que hizo de este papel en el estreno el malogrado primer actor Antonio Perrín.

Al separarse de la Guerrero formó Compañía. El tiempo que duró ésta fue corto pero le sirvió de experiencia y ensayo para su teoría de renovación del teatro; y desde el primer día la practica le demostró que estaba en lo cierto por el éxito brillantísimo que le acompañó desde la primera representación.

Formó una Compañía cuidadosamente seleccionada en la que para él tenía tanta importancia la calidad artística como la distinción y buena presencia de los actores. La primera actriz fué Rafaela Abadía, notable actriz, mujer muy distinguida y de una belleza excepcional. El primer negocio que hizo fue Badajoz, negocio muy pobre, teatralmente considerado y donde corrientemente no suelen trabajar mas que compañías modestas. Vilches se presentó en Badajoz varios días antes de debutar. Con su distinción, su simpatía irresistible y su mundología se hizo amigo de lo mejor de la población, compró a crédito cortinas, lamparas, bibelots etc. muy lujosos, pidió prestados muebles de gran valor y riqueza, y cuando se levantó el telón el público quedó deslumbrado. Esta impresión y la política iniciada por Vilches dieron tal resultado que en el mes que duró la actuación de la Compañía el público, al terminar cada representación formaba una larguísima cola para adquirir las localidades para el día siguiente.

Fuó a Canarias donde hizo seis meses de temporada con el mismo éxito y las mismas características que en Badajoz.

El año 13 fué contratado por Arturo Serrano como primer actor del teatro Infanta Isabel de Madrid. Vilches impuso a los actores que mas le interesaban de su Compañía, su proyecto era hacer una temporada en

Madrid para desarrollar allí sus planes y luego seguir como empresario a un tren mas brillante y ambicioso.

La mitad de la temporada del Infanta Isabel la hizo fusionado a Tallaví y su Compañía que estrenó "El Cardenal" con el éxito que todos sabemos. El 6 de enero Tallaví salía a provincias y Vilches se quedó solo con los suyos en el teatro de la calle del Barquillo. Tuvo entonces un éxito muy grande y original y que demuestra su profundo conocimiento del público. El éxito que mas popularidad le ha proporcionado "El amigo Teddy". Esta obra se estrenó estando Vilches con la Guerrero para beneficio de ésta y haciendo Thuiller el protagonista. La comedia no tuvo éxito y sin embargo Vilches vió en ella la base de su prestigio y no se equivocó. Al montar él la comedia equivocó premeditadamente el tipo como medio de alcanzar el éxito, y de esa manera le gustó al público faltando a lo mas elemental de la lógica pero confirmando la extraordinaria vista de Vilches.

Montó la comedia con mucho lujo y buen gusto atendiendo los inteligentes consejos de su mujer. Los frisos, molduras y escayolas de los decorados eran de madera de gran solidez. Los paneaux de seda y las puertas de madera, obligando a los actores a que las cerraran de golpe para que lo percibiera el público. De la misma manera montó en adelante todo su repertorio.

El éxito de la obra duró toda la temporada, recorrió las provincias con un éxito de clamor ocurriendo en Barcelona lo que en Madrid. A ello contribuía la política seguida por Vilches en su vida privada, deslumbrando a la gente aristocrática de los sitios adonde iba y con la que siempre se relacionaba.

El año 16 una de sus amistades arrendó para él el cine Principe Alfonso de Madrid, situado en la calle de Génova. Vilches decoró con gusto la sala, vistió a los acomodadores de librea y calzón corto y abrió varios abonos aristocráticos logrando que su teatro fuera el lugar de moda de aquel año. Montó las comedias segun su costumbre, eligió un magnifico plantel de actrices y actores entre los que descolaban Pepe Calle, Luis Reig, Antoñito Suarez, Olózaga, y Barrañón. En esa temporada se consagró como primera actriz Irene Lopez Heredia. Vilches y su mujer se fijaron en la figura de la Heredia y desde un principio se declararon sus protectores. Aunque joven y

bonita la Heredia era entonces una muchacha ordinaria, cursi y no muy limpia y cuidadosa de su persona. Sus protectores la enseñaron a vestirse, a andar, a moverse en escena, a comer, a bañarse, en fin hicieron de ella la actriz que todos conocemos y que despues ha pasado por una actriz elegante y distinguida.

En la formación artística de Vilches y en su teoría influyeron varios factores: En la caracterización de tipos influyó extraordinariamente la actuación en Madrid del gran actor italiano Ermette Novelli, que entre otras novedades trajo a España la pata llamada "soframez" para hacer narices postizas, deformar los pómulos, la frente, la boca y que Vilches despues ha utilizado con extraordinaria habilidad. También influyó en la caracterización y en el criterio al repartir los papeles de las comedias el cine, cuya evolución y desarrollo seguía de cerca y estudiaba nuestro actor. Aprendió mucho de la desaparecida casa Nordish y de las primeras películas norteamericanas que ya empezaban a imponerse en el mundo. El cine y las compañías dramáticas extranjeras que había visto influyeron en su manera de realizar la postura escénica de sus obras aunque él le imprimió una acusada personalidad.

Formó un repertorio escogido rehuendo siempre hacer lo que otros. Sus obras preferidas eran las que exigían mucho lujo y variedad en la presentación y en las que el argumento fuera de intriga y misterio. De esa época son sus éxitos en "Frank Halles", "Kid", "Jimmy Samson" y "El eterno don Juan". El resto del repertorio lo componían las obras que le habían dado fama cuando era actor contratado.

Por donde iba Vilches no se hablaba mas que de él. Los negocios que hacía eran fabulosos. No había teatro malo para su prestigio. Cervantes llevaba varios años cerrado por considerarse como un negocio imposible. Abrió Vilches sus puertas y con el estreno de la comedia yanqui "La muchacha que todo lo tiene" tuvo puesto toda la temporada el cartel de "No hay billetes". Lo mismo ocurría en las provincias. En Barcelona hacía todos los años dos meses en el rigor del verano y a pesar del calor era punto menos que imposible encontrar una localidad para verle trabajar, haciendo la reventa negocios fantásticos. Cada temporada de Barcelona le producía una fortuna, fortuna que él se dejaba luego íntegra en las salas de

juego de la capital catalana.

La gente ingenua deslumbrada comentaba esto multiplicando las cifras así como también el cambio constante de coches que hacía el actor.

El año 20 actuó con su Compañía en el teatro Lara de Madrid y estrenó "Wu-li-chang" otra de las obras que mas fama le han dado. Pero así como Simo-Raso hizo una maravillosa interpretación, -toda honradez- del japonés de "Los hijos del sol naciente" en cambio la de Vilches del chino en "Wu-li-chang" fue mucho mas teatral y descarada yendo de cara al público. En el mismo año 20 emprendió su primera excursión a América como empresario. En su repertorio llevaba, además de las obras ennumeradas a lo largo de este artículo, "El admirable Chrichton" de Barrie, "Un marido ideal" y "La importancia de llamarse Ernesto" de Oscar Wilde y "Lo cursi" y "Rosas de Otoño" de Benavente.

En América, como antes en España, Vilches fue él preferido por los públicos aristocráticos, realizando temporadas espléndidas. En Buenos Aires lo mismo daba que trabajara en buenos que en malos teatros, así como que alterara constantemente los precios de las localidades. El teatro donde trabajara Vilches se conocía al punto por la larga fila de coches que había a su puerta.

Una anécdota cómica le ocurrió en Lima donde hay una gran colonia china. Vilches invitó a ésta a una representación de "Wu-li-chang" esmerandose en dar fidelidad al personaje. Al caer el telón en el final de los actos el auditorio amarillo en medio de un gran silencio se miraba entre si diciendo "no" con el dedo.

El año 24 regresó a España para inaugurar el teatro Infanta Beatriz. Dispuso los últimos detalles en la ornamentación del teatro. Puso unas acomodadoras muy guapas y uniformadas con gusto, varias de las cuales terminaron viajando por el extranjero como secretarias de caballeros millonarios.

En esta temporada alcanzó un éxito muy grande con el estreno de "Todo un hombre" adaptación hecha por Julio de Hoyos de la novela "Nada menos que todo un hombre" de don Miguel de Unamuno.

Al salir a provincias ese año ingresé yo en la Compañía con la que estuve hasta el año siguiente separandome de ella al emprender una nueva excursión por

América.

En 1927 volvió a España separado ya de Irene Lopez Heredia e hizo otra temporada en el Beatriz regresando enseguida a la Argentina.

En 1929 fue contratado para el cine por la Fox, al iniciarse los comienzos del cine sonoro, momento en que ya Vilches iniciaba su decadencia, cuando sufría un estancamiento en su arte y estaba lleno de rarezas debidas a sus vicios y descuido de su profesión.

El contrato fué esplendido, el unico en condiciones de paridad con los actores extranjeros que ha tenido un actor español. Al terminar su contrato con la Fox editó por su cuenta en Hollywood la película "El Comediante"! Salió de Hollywood desprestigiado por su conducta y siguió trabajando en el teatro con fortunas mas discretas que al principio.

El año 35 regresó a España, trabajó en el teatro Victoria y luego en Barcelona en donde le sorprendió la guerra. Consiguió un pasaporte y al llegar a la Argentina tuvo la elegancia de no hablar mal de la República.

Su verdadera calidad de actor ha sido en los tipos -los genéricos, en el argot teatral-. Hombre inteligente sabía que eso no era bastante para brillar en el teatro e incorporó a su repertorio obras de heroes para las que no tenía condiciones pero suplía estas con gran habilidad y conocimiento del público.

Como director fué un revolucionario en su época. Su estancamiento ha sido debido a su vida depravada y a haberse dormido en los laureles.

Edmundo BARBERO

SI TU SUPIERAS...!

SINOPSIS PARA UN GUIÓN DE PELÍCULA

PICOTEABA el reloj el tiempo. En aquél recinto oscuro, un círculo formado por doce números luminosos con su luz ténea y verdosa, inquietante como un fuego fatuo, es como el ojo de un cíclope prisionero de estas tinieblas.

Casi al compás del minuterio un corazón late próximo. La atmósfera está cargada de perfumes baratos, del olor a tabaco y a cuarto cerrado. De vez en cuando llega de la calle el sonido sordo y penetrante del claxon de los coches y el vocear de los periódicos de la tarde.

Un golpe seco como el del chocar de dos hierros diminutos y un instante después la estridencia del timbre del despertador. Una sombra oculta el círculo de luz que se diría submarina y cesa la alarma.

Una mano busca el conmutador eléctrico y se hace la luz. Es un cuarto vulgar de una casa equívoca, céntrica y desprestigiada por el vecindario.

Dorita ha cortado la advertencia del despertador semi-dormida. Vuelve sobre la almohada con los ojos cerrados y los brazos extendidos a lo ancho de la cama. Es rubia y bonita. Su cara, limpia de afeites, podría ser la de una novicia o la de una burguesita provinciana. Su carne es prieta y dorada su piel. La boca, grande, brillante y tersa. Abre los ojos indolente, unos ojos castaños con pequeños puntitos dorados, dibujando el contorno de los párpados con una precisión y una belleza que hubiesen podido servir de modelo a Rosetti. Vuelve a cerrarlos, perezosa, después de exhalar un profundo suspiro.

La cama está en desorden. Doblada, a los pies, una colcha azul de falso damasco.

Dorita cruza sus manos bajo la nuca y queda en actitud ensopada. Sus pechos dormidos tiemblan estremecidos y se incli-

nan suavemente hacia lo cóncavo de las axilas depiladas. Junto a la izquierda y bajo la almohada se deja ver la cubierta de un libro. Es una de esas novelas por entregas que relatan amores inocentes a la par que turbias pasiones y pecados inconfesables. El dibujo que la decora es de una ingenuidad tierna y romántica, de tan mala factura que mueve a la risa y al perdón hacia el dibujante que tanto amor puso en ella. Representa dos amantes, rubia ella, rubio él, sentados en un banco de jardín. Florecen las rosas en una verdadera orgía primaveral. El galán tiene entre sus manos las de ella, blancas y afiladas, enrojecidas en sus extremidades con el mismo tono de bermellón rabioso de las mejillas, impotentes en la lucha con la perfecta tricromía. Lleva por título, éste rim-bombante y enamorado: "Leonor y Arturo o el amor hasta la muerte". En un ángulo, la marca de la editorial, de procedencia catalana.

En un movimiento, Dorita siente sobre la piel el frío del papel satinado y como volviendo de una ausencia de sueño, abre el libro y lee interesada. Sigue la lectura con un ligero movimiento en los labios como quien delecta para sí sílaba a sílaba. Cuando pasa las hojas, sus manos tiemblan emocionadas. Faltan contadas páginas para el fin. Sus ojos se van nublando de tristeza; unas lágrimas caen sobre el papel amarillento dejando unas manchas rugosas allí, entre la palabra "amor" repetida. Dobla la página final, solo quedan escasos renglones. Sus ojos velados por el húmedo "flux" están bordeados de llanto. Cuando llega a su fin, Dorita cierra el libro, rompe a llorar, ya sin cauce, apoyando su rostro sobre aquellas líneas que hubiese deseado infinitas. ¡Es triste el llanto de una mujer solitaria! ¿Lloraba las desgracias amorosas de la divina Leonor y el bello Arturo, o el dolor de no poder ya nunca alcanzar ese rosa dulcísimo del amor inmaterial y honesto?

Unos golpes secos sobre la puerta, y al otro lado una voz: -¡Dora! ¡Dorita!...Vamos, que son las nueve...

Hipando de dolor, deposita amorosamente sobre la mesita próxima la novela. Abandona la cama con lentitud, se arroja en una bata azul con un blanco dragón bordado sobre la espalda. Calza unas babuchas con tacón Luis XV y pompón de pluma, comenzando su toilette rápidamente. Entreabre las persianas y dirige una mirada hacia la altura, su indumentaria ha de responder al tiempo. Son muchas horas en la calle. El cielo es de un azul casi negro y las estrellas, sobre él, brillan como cris-



tales. El traje gris, dice para sí, y el sombrero negro.

Se sienta aunte pequeña mesa de tocador. Sobre ella frascos de esencias, pinturas, rimmel, una cajetilla de tabaco rubio empezada, una tenacilla eléctrica, cerillas, varias cartas, el periódico de la mañana, un frasco de jarabe para la tós, un tubo de "Aspirina", horquillas, cajas de polvos, otra, con todas esas cosas que tienen siempre las mujeres: alfileres, botones, un collar de falsas perlas, agujas, pinzas, tijeras, un trozo de cinta de goma, diferentes piezas de bisutería barata que nunca han de usar y jamás se separan de ellas. Todo ese conjunto de cosas heterogeneas que forman un desorden a través del cual podemos, mejor que sobre nada, estudiar el alma de la dueña.

Ahora, Dorita, indolentemente, cubre su rostro con una blanca crema de fuerte olor a almendras. Una vez bien extendida, su cara adquiere una lividez que la quita candor y envejece. Exagera lo oblicuo de los ojos con un lápiz oscuro y exalta el dibujo de los ojos. El rimmel los torna provocativos, mas brillantes, mas grandes y lascivos. Con un carmín estridente cubre los labios dibujandolos con exageración que la convierte en una bellísima máscara, pero fría y como sin vida. Un dibujo de Rosp, una estampa galante para la pornografía de las calles tortuosas.

Vistiose su traje gris y salió a la calle en pleno bullicio. Faltaban unos minutos para las diez. Había de cenar antes de empezar su triste noche de mujer perdida. Entró en "La Cubana", -mitad taberna, mitad restaurant a lo francés-, repleta de gente, todos rondando al bajo fondo en que Dorita vivía. Encontró una mesa vacía que ocupó, sola, ensimismada, con el gusto amargo de la lectura aun en su boca. Frente a ella, comían dos músicos de la orquesta del "Maipu" que la dirigían miradas significativas, chulescas. Uno de ellos, viendo la impasibilidad de la muchacha, arrojó disimuladamente una bolita de pan que fué a dar sobre su escote. Dirigió hacia ellos la mirada con tan profunda indiferencia que los dos disimularon con un ligero azoramiento. Un vendedor de periódicos recorrió el local, ofreciendo los últimos diarios de la tarde. Dorita compró uno y se puso a leer con interés. Pasó la vista sobre las páginas gritando por sus titulares y se detuvo en el suceso del día. Después la crónica del cine, mas tarde, los ecos de sociedad. En ellos se relataba la última boda aristocrática, el mas brillante bautizo, la reseña de la mas elegante recepción diplomática. Gustaba Dorita de entrar con la imaginación en ese mundo donde ella entreveía Leonores de candor y Arturos de hombría impecable. Desde hacía dos dias en que leía a-

quella admirada novela, vivía una vida interior copia exacta de lo leído, aquél mundo tan lejano del suyo envilecido. Aumentaba a la historia escenas que ella hubiese deseado, prolongaba los momentos que mas la enternecían. Ya no iba sola por la calle, la que recorría todos los dias tan insistentemente no era la misma. Ahora era un jardín, mas tarde un salón suntuoso. A su lado caminaba constantemente Arturo, llevandola amorosamente por el talle. Viajaba por el mundo, ingrátida, recorriendo distancias enormes, cambiando de ambiente, al solo conjuro de una palabra creada en su cerebro y que no llegaba a salir a sus labios. Se olvidaba de su vida presente, real y se dejaba ir indolente por los caminos del ensueño.

...

Esquina a esquina, con un paso en apariencia decidido y que sin embargo no va a ningún sitio, recorre el trayecto que le es tan conocido cruzando con los hombres miradas prometedoras -anuncio de un paraíso de voluptuosidades-. Los hombres la desprecian unos, otros la dirigen requiebros soeces. El sereno la saluda amigablemente, se cruza en su camino con "la Manolo", "la Cañamón", "la Gaby", Germaine, Rosario y "la Charlot". La sonríe al pasar con sus blancos dientes de hotentote, Trinidad la mulata. Ha pasado "el Divino" vigilando a sus amantes, las que sostienen sus brillantes, su tabaco rubio y vida de aspecto honorable. Todavía pulula gente burguesa por esta calle céntrica; dentro de dos horas se convertirán estas aceras en vestíbulo de burdél, lugar apestado al cual los padres dan rodeo para evitar ese espectáculo bochornoso a las hijas después de la salida del teatro. Los agentes todavía son exigentes. Imponen un comedimiento que mas tarde puede cambiarse por la corriente del descoco.

Dorita sigue paseando con su firme pisar de trotona, pero Dorita va honestamente colgada del brazo del bello Arturo. Ahora es el borde del mar, bajo un crepúsculo iluminado de nácares sobre la línea del horizonte. Va susurrando en su oído frases que un buen novelista despreciara por rebuscadas y vulgares, pero que a ella le sonaban a la mas alta poesía.

Un hombre que marcha en dirección contraria la mira al pasar, vuelve la cabeza y, a continuación, sus pasos, dándola al cance. Median unas palabras y marchan hacia la habitación donde Leonro y Arturo dentro de su primavera litografiada escuchan el picotear del tiempo del reloj luminoso.

Está roto el ensueño.

Y así otra vez, y otra...¿Cuántas veces? Cuántas mas, mejor..

...Es el oficio.

Las dos rayitas de luz submarina luciendo tenuemente sobre el negro profundo, han apuntado cuatro veces sobre los dos pintados amantes como riendose de su candor. ¡Están acostumbrados a presenciar idilios tan diferentes!...

Las calles van quedando solitarias. Solo las prostitutas son ahora Dianas a la caza del hombre, removiendose en el infierno de la carne. Son las de Jardines, Aduana, Reina, Barbieri, San Marcos y Plaza de Bilbao. Sólo la de la Peligros es ahora un hervidero de lascivia. Hablan las busconas de acera a acera, chistan a los hombres, dialogan con los serenos, los guardias, los vendedores ambulantes, pasan los chulos atentos a su comercio, los estudiantes pobres lanzando miradas concupiscentes. En voz alta hablan con los choferes del punto, "la Panoli", "la Cipaya" y "la Santanderina". Dos borrachos -señoritos juerguistas- se empeñan en trabar conversación con la Gaby y Mercedes, la que tiene la cicatriz de un navajazo en el pecho y unos ojos verdes y oblicuos como un felino.

Dorita está metida en este torbellino de groserías, de palabras obscenas, insultos y blasfemias...Y las prostitutas hablan, hablan, hablan sin cesar en esas conversaciones en que nadie ha podido penetrar jamás.

En una esquina, una vieja voce a persistente, "¡Tabaco, cerillas!". Un viejo ciego pasa golpeando el pavimento con un bastón blanco y a cada quince golpes grita con su voz cascada y somnolienta, "¡Lotería, mañana sale!".

Dorita está parada bajo la luz verdosa de un farol. Está cansada y se apoya contra las maderas de la portada de una bombonería sobre la cual hay un gracioso ramo de flores pintadas al óleo, limpiamente barnizado. Cerca de ella, busca "la Tacónes", prometiendo a los hombres placeres extraños, perspectivas paradisíacas. A unos metros de ellas, mas hacia la calle de Alcalá, dos mujeres disputan, se insultan, chillan hasta enronquecer.

-¡Ya están esas! ¡Moler, qué asco!- dice "la Tacónes" hablando con Dorita. -Que se peguen de una vez y no amuelen.

-¿Quiénes son?- pregunta Dorita por decir algo.

-¿Quiénes van a ser? ¡La Gaby y "la Manolo"! Y todo ello por un chulo...por un marica, para mas señas.

Mas la pelea arrecia. Llegan hasta ellas las voces de las ramera. Grita "la Manolo" sus desplantes de madrileña castiza, la Gaby, una mezcla de frances y español con todas las groserías de los dos idiomas.

-A mí no me achanta una franchuta, y imenos esa....que es una guarra!

-¡La "guarrá" lo serás tú, "vieux chameau", que tienes una

"gueule" que mete miedo a los tios!

-Yo le meteré miedo pero tú, sífilis, lasquerosa!

-¡Chulá!

-¡Y a mucha honra! Por eso no me quita un hombre una vaca como tú que tiene dos tetas como dos castoras.

-Siempre serán mejores que dos "poires pourries" como las tuyas.

-Pá tí las quisieras, iso bollera!

Por la acera de enfrente pasaba un grupo de señoritos que salían del cabaret con buena dosis de alcohol en el cuerpo.

-¡¡Ahí va la liebre!!-, grita uno a pleno pulmón.

-¡Tu madre!- le contesta "la Manolo".

-¡Zumbala, que no se diga; ¡acuerdate del 2 de Mayo! ¡Duro con ella!- insiste el juerguista.

-¡Júpi!, grita otro de ellos.

-¡A tomar vientos, asquerosos- les responde "la Manolo" volviendo a su pugilato verbal con la francesa. Se rien ellos de tal forma que el sereno ha de llamarles la atención.

-No hagan ruido, por favor, que son las tres de la mañana.

-Hombre, tiene razón, que no dejamos que se oiga a esos dos ángeles- bromea el mas ocurrente.

-¿Sabes lo que te digo? ¿Sabes? ¡Pues que te vayas a la mierda!- vociferaba "la Manolo" abanicando su mano a unos centímetros de la cara de la francesa.

-Et moi je t'enmerde!- respondió la Gaby.

-¡A mí no me hablas tu en "chau-chau! ¿Sabes? ¡Me hablas que te entienda! Y por si las moscas, ¡yo en la tuya!

-Espece d'andouille! -lanzó olímpicamente la Gaby, marchandose despreciativa. Empezaba a sentir miedo de "la Manolo". Esta, al verse así despreciada, dando al acento madrileño su máxima expresión, la dijo despectiva,

-Y yo, pá que te enteres, ¡me c... en Francia!

Aquello, la francesa no lo podía aguantar. Había salido todo el espíritu chauvinista del francés. Fue como oír la Marseillesa en momentos de peligro para la patria. Se abalanzó a "la Manolo".

-¿Qué es lo que tienes tú que decir de la Francia? "morpión" te voy a "casser la figure".

Con el bolsillo de cuero y metal, sin que "la Manolo" pudiese evitarlo, la dió un golpe en la cara que la hizo sangre. Los señoritos juerguistas aplaudían con entusiasmo. Aquello no era una calle, era un campo de batalla. Gritos, bofetadas, alaridos, los mayores insultos, las mas procaces expresiones. Intervenían los serenos, los guardias, un agente de la secreta.

De pronto se abrió un balcón entresuelo y apareció un hombre

en pijama, con gesto desesperado y gritando desaforadamente.

-¡¡Serenó!!

-¿Qué?- responde el vigilante.

-¡Esas putas, que no me dejan dormir!

Y cerrando el balcón, volvióse enfurecido hacia la cama.

Detuvo la policía a las dos contendientes y entre gritos, insultos y lágrimas, fueron a la Comisaría.

"La Ojo de Plato" y Mercedes "la Loca", dos viejas busconas de larga experiencia en el oficio, dialogaban en voz baja, asqueadas del espectáculo.

-No saben ser putas...- decía "la Ojo de Plato", filosófica.

..

Dorita había escuchado toda aquella disputa sin moverse del sitio. De vez en cuando "la Tacones" hacía un comentario y ella contestaba, léjano y por monosílabos.

A medida que su vida se iba encenagando en aquél lozadal de ignominia, su alma mas necesitaba evadirse, mas anhelaba un a pacible deslizarse, un mundo claro.

Al apoyar su rubia cabeza sobre la pared, coincidía para ser viria de fondo el pintado ramo de flores y era una estampa romántica y exquisita, como esos cuadros del XIX en los que la poesía supera siempre a la calidad pictórica.

-Voy pá allá abajo- dice "la Tacones".

-Hasta ahora- la despide Dorita, agradeciéndola el dejarla en su soledad, ¡Soledad poblada de sueños! Su carne puesta en venta y hace tiempo dormida a causa de esa prostitución que la servía de anafrodisiaco, deseaba ahora unos brazos amantes una voz deslizandola al oído palabras de ternura. Era la ilusión de aquél Arturo de su amor imaginado. Se repetía con acento apasionado la palabra Leonor, que ella ponía en los labios de su amoroso, creado en la región mas pura de su alma. Y contestaba con emoción que le hacia entrecerrar sus ojos do rados, el nombre tan amado, Arturo, Arturo.

..

Como un rayo de sol que atraviesa la lluvia y crea un arco iris esplendoroso; como un fino cristal con agua pura para en friar la sed en el estío, o como un perfume embriagador enamorando el aire que enajena, así avanzaba él sobre el gris reluciente de la calle.

Rubio como ella le veía en sus sueños, alto, erguido, juvenil y apuesto; los ojos azules de dulce a la par que enérgico

mirar. Era él, Arturo, una ilusión hecha realidad, como tangible, al alcance de sus manos, de su boca angustiada por el mundo creado por su imaginación.

Radiante, emocionada, como un místico ante la divina aparición, Dorita clava su mirada en el muchacho que se acerca. Cuando le tuvo a un metro de distancia, con una voz que ya no era de ella, sino de la Leonor que vivía en su bondad, en lo puro del corazón, le dijo, cantó mas bien, ¡Arturo!

Se detuvo sorprendido el Hombre y mostrando extrañeza se acercó a ella.

-¿Cómo sabes que me llamo Arturo?

Toda confusa, temblando la voz, no sabía darle respuesta. Le miraba arrobada.

-Porque sé que te llamas Arturo... ¡Qué pelo mas bonito tienes! Ven conmigo, no me dejes sola. ¡Si tu supieras!

Le hizo gracia a él, intrigándole la incoherencia que había en el habla, en la forma de conducirse. Además, era guapa de verdad.

-No voy a poder ir contigo. Me marcho mañana a mi pueblo, muy temprano. El tren sale a las nueve.

-No importa. Yo te despertaré. Velaré tu sueño como una esclava si tu quieres... Pero no me anandones esta noche.

-¿Dónde vamos?

-A mi casa- le dijo colgándose de su brazo.- Pero mira, ¿por qué no nos sentamos aquí cerca, en un banco, a charlar un poco antes de...?

Le iba interesando. Era bonita y tenía un no sé qué nada vulgar.

-Vamos donde tu quieras... Las pocas horas que me quedan de estar en Madrid, son tuyas, tu dispones.

Jamás escuchó ella palabras mas encantadoras que aquellas. Sintió un escalofrío de placer y se agarró con mas fuerza al brazo fuerte, musculoso, de él.

-¿Tienes frío?

-No, soy muy feliz... Si tu supieras.... *

Siguieron andando, llegaban a la plaza de Bilbao. Se sentaron en un banco. Para Dorita, aquello no era el jardín raquí tico preso entre aquellas casas que le circundan. Aquel jardín sin flores, con el césped levantado formando calvas sobre los macizos, hechas al pisar los chicos revoltosos, algún impaciente para ganar terreno, estaba ahora cubierto de fresca hierba. Florecían los rosales, se hacían sauces románticos todos los árboles, daban sus perfumes las violetas. El agua corría por el borde de las calles, eran arroyos transparentes, fuentes rumorosas.

Seguía ella su ensueño, haciendolo realidad la presencia de él. Allí, Dorita, ya en la pendiente del deseo, le dió el primer beso. Puso toda su ciencia y su pasión en él. Después le besó en los ojos, en las orejas, en el cuello, en esos lugares donde parece que los besos tienen mas larga permanencia.

El estaba turbado, un poco confuso, ¡Era tan extraña aquella pasión en una mujer así, que no sabía como reaccionar! Quedó mirando el bolsillo de piel negra que estaba sobre el banco y viendo una gran inicial de metal blanco que servía de cierre, preguntó:

-Una D, ¿cómo te llamas? ¿Delfina? ¿Daniela?

-No- dijo ella. -Esta es una D, pero yo me llamo Leonor.

-¡Ah!, hermoso nombre de novela. ¡Leonor!, y le dió romántica entonación.

Ella se sintió llamada como era su ilusión y le contestó en idéntica forma pero con toda sinceridad, ¡Arturo!, ¡Arturo!, y rompió a llorar entre sus brazos, repitiendo como para sí,

-¡Si tu supieras!...

..

Una vez dentro del cuarto vulgar donde trascurrían las mas vergonzosas horas de la vida de Dora, siguieron contandose cosas íntimas. Ella mentía a veces (era tan bajo todo!). El, contaba cosas vulgares. Era estudiante, había terminado el quinto año de Medicina y marchaba a Zamora, su pueblo, a pasar el verano. Allí le esperaban sus padres y dos hermanas.

-¿Y una novia?

-No, no he tenido nunca novia.

Dorita resplandecía de gozo.

Se quisieron como en una primera noche después de un idilio prolongado. Jamás dos cuerpos fueron tan uno del otro. Pocas veces el amor fué tan vario, tan apasionado e intenso. Habiase quitado ella todos sus afeites; así, al natural, era mas apetitosa al deseo noble, norma, del hombre honrado. Besaba él así, los labios de ella, ávidamente, como apagando una sed de siglos. El era el caminante, ella la fuente clara. Ella, llama viva, él, carbón encendido. Si ella lloraba por algo inexplicable, él secaba esas lágrimas con las manos, la boca, las tiernas palabras.

El reloj seguía picoteando el tiempo. Los verdaderos Leonor y Arturo, eran ahora como un espejo. La luz empezaba a filtrarse por las rendijas del balcón.

-Son las siete, he de marcharme.

Dorita se abrazaba con mas fuerza a aquella felicidad que se

le iba.

-Espera un momento, un minuto, un segundo...Faltan dos horas. Llegarás a tiempo.

Y apoyaba su mejilla ardorosa sobre el pecho de él que sentía resbalar el llanto como un cielo nublado sobre sus corazon.

-Déjame, no llores. Cuando vuelva en Septiembre te buscaré. No llores mujer, no es para tanto.

-¡No es para tanto! Si él se diese cuenta de lo que aquella pobre mujer estaba viviendo...¡quien sabe!...quizá no se hubiese marchado.

Pero las cosas tenían que suceder así, y llegó el momento. Ya estaba él de pie, vestido. Llevaba en la piel el perfume, como una prolongación de aquellos momentos. No sabía por qué estaba triste, confuso. Una cosa le preocupaba; Dorita era una...¡qué pena! Lo vivió en aquella noche, para él tenía un precio, mas no se atrevía a pagar así, bruscamente, la dicha pasada. Discretamente sacó un billete del bolsillo y lo ocultó con disimulo bajo el libro amoroso de "Leonor y Arturo, o el amor hasta la muerte". Ella se apercibió. La dolió como una quemadura en la carne.

-Adios, Leonor, hasta pronto.

Salto de la cama y desnuda, admirable en su belleza, se abrazó a él con todas sus fuerzas. El la besaba en el pelo dorado, ahora a la altura de su boca, mientras Dorita, cogiendo el dinero que él había dejado, lo guardó en el bolsillo de Arturo sin que este se diese cuenta.

-¿Me buscarás cuando vuelvas?

-Te lo juro.

-Viviré siempre aquí, entre estas cuatro paredes que ya solo son nuestras...Me moriré esperandote.

-¡Adios, Leonor!

-¡Adios, Arturo!

Para acortar el dolor de la despedida, se separó rápidamente, abrió la puerta y salió. Dorita quedó llorando contra la madera; pegando el oído, fue oyendo el rítmico bajar de las escaleras.

¡Arturo!, ¡Arturo!, ¡Arturo!

Cada escalón era un sollozo y el nombre amado.

Una línea de luz se quebraba en el espejo. El reloj luminoso seguía picoteando el tiempo.

Santiago ONTEÑON.



EPISTOLA
MORAL
A FABIO

C U A D E R N O D E P O E S I A



FABIO, las esperanzas cortesanas
 Prisiones son do el ambicioso muere
 Y donde al mas astuto nacen canas.
 Y el que no las limare o las rompiere
 Ni el nombre de varón ha merecido,
 Ni subir al honor que pretendiere.
 El ánimo plebeyo y abatido
 Elija en sus intentos temeroso,
 Primero estar suspenso que caído:
 Que el corazón entero y generoso,
 Al caso adverso inclinará la frente,
 Antes que la rodilla al poderoso.
 Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
 que supo retirarse, la fortuna,
 Que al que esperó obstinada y locamente.
 Esta invasión terrible e importuna
 De contrarios sucesos nos espera,
 Desde el primer sollozo de la cuna.
 Dexemosla pasar, como a la fiera,
 Corriente del gran Betis, quando ayrado
 Dilata hasta los montes su ribera.
 Aquel entre los heroes es contado,
 que el premio mereció, no quien le alcanza
 Po vanas consecuencias del Estado.
 Peculio propio es ya de la privanza,
 Quanto de Austria fué, quanto regía,
 Con su temida espada y fuerte lanza.
 El oro, la maldad, la tiranía
 Del iniquo procede, y pasa al bueno;
 ¡Qué espera la virtud, o en qué confía?
 Ven y reposa en el materno seno
 De la antigua Romúlea, cuyo clima
 Te será mas humano y mas sereno.
 A donde por lo menos, quando oprima
 Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno,
 Blanda le sea, al derramarla encima:
 Donde no dexaras la mesa ayuno,
 quando te falte en ella el pece raro,
 O quando su pavon nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
 Como en la oscura noche, del Egeo
 Busca el piloto el eminente faro:
 que si acortas y ciñes tu deseo,
 Dirás, lo que desprecio he conseguido,
 que la opinión vulgar es devaneo.

Mas precia el ruiseñor su pobre nido,
 de pluma y leves pajas, mas sus quejas
 En el bosque repuesto y escondido,
 que agradar lisongero las orejas
 de algun Principe insigne, aprisionado,
 en el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel que vive destinado
 A esa antigua colonia de los vicios,
 Augur de los semblantes del privado.
 Cese el ansia y la sed de los oficios;
 que acepta el don, y burla del intento
 El idolo a quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,
 Y no te pasarás de hoy a mañana,
 Ni quizá de un momento a otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana
 De nuestra antigua Italica y esperas:
 ¡O error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas Grecianas, las banderas
 del Senado, y Romana Monarquia
 Murieron y pasaron sus carreras.

que es nuestra vida mas que un breve día
 Dó apenas sale el sol, quando se pierde
 En las tinieblas de la noche fría?

¿Que es mas que el heno, a la mañana verde,
 Seco a la tarde? ¡O ciego desvario!

¿Será que des este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvio
 De la vida viviendo, y que está unida
 La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los rios en veloz corrida
 Se llevan a la mar, tal soy llevado
 Al último suspiro de mi vida.

¿De la pasada edad qué me ha quedado?
 ¿O qué tengo yo a dicha en la que espero
 Sin ninguna noticia de mi hado?

¡O si acabase viendo como muero,
 De aprender a morir, antes que llegue
 Aquel forzoso término postrero!

Antes que aquesta mies inutil siegue,
 De la severa muerte dura mano,
 Y a la comun materia se la entregue.

Basta al que empieza aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar a ser modesto,
Después le será el cielo mas propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En si propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme, quán forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duración a todo su talento:

Flor la vimos primero, hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta después, dulce y madura.

Tal la humana prudencia, es bien que mida,
Y dispense y comparta las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas, macilentos,
De la virtud infames histriones:

Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.

¡Quán callada, que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Que muda la virtud por el prudente!

¡Que redundante y llena de ruido

Por el vano ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido

En las costumbres solo a los mejores,

Sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores

En nuestro traje, ni tampoco sea,

Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,

Un estilo común moderado,

Que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado

Hubo ya quien bebió tan ambicioso,

Como en el vaso múrino preciado:

Y alguno tan ilustre y generoso

Que usó, como si fuera plata neta,

De cristal transparente y luminoso.

Sin la templanza ¿viste tu perfecta

Alguna cosa? ¡O muerte! ven callada

Como sueles venir en la saeta,

Pasaronse las flores del verano,
 El otoño pasó con sus racimos,
 Pasó el invierno con sus nieves cano.
 Las hojas que en las altas selvas vimos,
 Cayeron, y nosotros a porfía
 En nuestro engaño inmóviles vivimos.
 Temamos al Señor que nos envía
 Las espigas del año y la hartura,
 Y la temprana lluvia y la tardía.
 No imitemos la tierra siempre dura
 A las aguas del cielo y al arado,
 Ni a la vid cuyo fruto no madura.
 ¿Piensas acaso tu, que fué criado
 El varón para el rayo de la guerra,
 Para sulcar el pielago salado,
 Para medir el orbe de la tierra,
 Y el cerco, donde el Sol siempre camina?
 ¡Ó quien así lo entiende, quanto yerra!
 Esta nuestra porción alta y divina,
 A mayores acciones es llamada,
 Y en mas nobles objetos se termina.
 Así aquella, que solo al hombre es dada,
 Sacra razón y pura me despierta,
 De esplendor y de rayos coronada;
 Y en la fría región dura y desierta
 De aqueste pecho enciende nueva llama,
 Y la luz vuelve a arder que estaba muerta.
 Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,
 Y callado pasar entre la gente
 Que no afecto los nombres ni la fama.
 El soberbio tirano del Oriente
 Que maziza las torres de cien codos
 Del cándido metal, puro y luciente,
 Apenas puede ya comprar los modos
 Del pecar; la virtud es mas barata,
 Ella consigo mesma ruega a todos.
 Pobre de aquel que corre y se dilata,
 Por quantos son los climas y los mares,
 Perseguidor del oro y de la plata.
 Un ángulo me basta entre mis lares,
 Un libro y un amigo, un sueño breve
 Que no perturben deudas ni pesares.
 Esto tan solamente es quanto debe
 Naturaleza al parco y al discreto,
 Y algun manjar comun, honesto y leve.
 No, porque así te escribo, hagas conceto,
 Que pongo la virtud en exercicio
 Que aun esto fue difícil a Epiteto.

NOTAS DE LECTURA

No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se conierta.

No te burles de ver quanto confío,
Ni el arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.

¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio, la virtud? ¿es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira a las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte:

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple ame, rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

NOTAS DE LECTURA

CORAZON DEBIL, por DOSTOIEVSKI.-En esta novela corta, Dostoievski nos presenta un tipo específico que Hallet Carr, uno de sus biógrafos ingleses, hubiera de calificar como "el hombre que no puede soportar la dicha". Personaje demasiado ruso, añadía. En este punto hemos de pensar que mas bien que demasiado ruso es demasiado Dostoievskiano. Lo es, en efecto, ruso porque su creador, Dostoievski, lo es; aunque muestra la marcada influencia de su gran ídolo Gogol, el "leit-motiv" y su desarrollo es característico y clásico del genio un tanto demoníaco de Dostoievski.

Vasia Schumkov, el hábil pendolista poseedor de tal corazón débil, si bien recoge y prosigue el camino iniciado en "Bómbres Gentes", y continuado con el Goliadkin de "El Doble", personajes todos ellos seleccionados entre los pobres de espíritu, héroes anónimos de la vida, maltratados y olvidados en la mezquindad de su existencia vacua, acentúa el carácter de reflejo personal, inherente al neurótico organismo del excelso novelista. Es quizá una proyección exagerada del mismo Dostoievski, fundada en su propio estado anímico de constante excitabilidad neurótica.

No obstante el puente que crea la identidad de los temperamentos fuertemente pasionales y emotivos de los eslavos y de los latinos, y que en ocasiones salva las enormes distancias que separan a unos de otros, en este caso concreto, el puente se quiebra por rebasar las aguas que han de circular entre sus ojos, los límites de la normalidad psicológica.

Algunos biógrafos a partir de su primer viaje al extranjero, y de la pu-

blicación de sus "Notas de invierno sobre notas de verano", negaron a Dostoievski la profundidad de observación en el orden material. Afirmación ésta un tanto gratuita. Pudiera contribuir, sin embargo, a esta conclusión, el carácter ligero de aquellas Notas y que, por otra parte, en el orden psicológico Dostoievski para plasmar sus obras no necesita sino en pequeño grado observar del exterior. El, no hace sino exteriorizar lo que su fantasía fragua y moldea su constitución física y psicológica. El gran escritor concentra su potencia creadora sorprendente en la creación y desarrollo psicológico de sus personajes; personajes complicados y tortuosos que nos llegan como auténticos productos de fenómenos osmóticos entre su contenido propio y el ambiente exterior, no sin dejar por ello de enriquecerlos con el clima real perfectamente captado y descrito, de las bajas capas sociales en las que por preferencia e ideología casi instintiva en sus primeros tiempos, y convicción íntima y amor sincero al tiranizado pueblo ruso, mas tarde, sitúa sus acciones.

De esta forma, Dostoievski teje con su fuerte sentimentalidad, una rica variedad alrededor de ese corazón débil. Y deleita al par que atormenta el espíritu del lector. Nosotros, en nuestra calidad de latinos, percibimos con mas intensidad esta tortura que el germen satírico que pudiera encerrar. A pesar de ello leemos "Corazón Débil" con cierto escepticismo.

Vasia Schumkov, personaje de sensibilidad exaltada casi femenina, perderá el juicio ante la imposibilidad material de llevar a feliz término un trabajo a él confiado por su jefe y generoso protector, Julian Mastakovich. Coincide en

682

su próxima boda. Turbado su espíritu ante el magno acontecimiento y conmovido hasta lo mas hondo de su ser por la felicidad insospechada de alcanzar tan grande dicha, pierde la serenidad. Es contrahecho físicamente, y en su vida ha tenido a su alcance la dicha que le ha de aportar Lisenka, su bella prometida. En sus transportes de loca felicidad, con manifestaciones de ternura inigualable, olvida el trabajo y gasta su tiempo en soñar y medir toda la magnitud de los intensos sentimientos que experimenta. Y es entonces cuando surge el problema de conciencia que aniquilará su fortaleza hasta reducirla a polvo. El, con su deformidad física, que no ha hecho el bien a nadie y que su felicidad actual le hace ver que lo ha recibido de todo el mundo, no se considera con derecho a faltar a su deber. Perdida por completo la seriedad y la tranquilidad de espíritu, en el ligero corcél de su emotividad, deja escapar los minutos y las horas, y no dá cima a su labor. Agotado física y moralmente en la tormenta del oceano tempestuoso que lleva dentro -marea del que ruge constante dentro del mismo Dostoievski- sucumbe. La claridad mental huye para siempre de su cerebro.

"Por gratitud" contestará su amigo Arcadii a Yulian Mastakovich, cuando este le pregunte las causas de la pérdida del juicio de Vasia. Inexplicable motivo, aunque sirva y lo emplee Dostoievski para emborronar unas cuantas páginas de angustiada ternura que se saborea a pesar de todo con fruición:

Penosa, realmente penosa, resulta en momentos la lectura. Sublime, angélica en otros. Pero siempre resulta extraña e ilógica una percepción tan honda de la dicha, capaz de romper las facultades de un hombre normal por muy débil que tenga el corazón.

Julio ROMEO.

EL PUENTE DE SAN LUIS REY, por THORNTON WILDER.- Pocas obras en la literatura universal tienen la corporeidad, al mismo tiempo que la sutileza, de és

ta. Es como joya primorosamente cincelada, en la que todo, al igual que cada una de las partes, es una obra de arte. Está formado "El Puente de San Luis Rey" por tres pequeñas novelitas, pequeñas en cuanto a su extensión, quemó en cuanto a su valor en cualquier otro concepto, un prólogo y un epílogo que sirven de ligadura entre las tres.

El prólogo, titulado "Acaso un azar" plantea el problema de si los seres humanos viven y mueren por un azar o bien viven y mueren con arreglo a un plan preconcebido. Pero no trata Thornton Wilder de desentrañarlo, sino que lo utiliza unicamente como puerta o pasillo que sirva de entrada a la compleja construcción del resto del libro.

El epílogo, titulado "Acaso un designio", es el contrapunto del prólogo. "Acaso un azar", "Acaso un designio", he aquí el problema que a primera vista parece como razón de ser del libro. Sin embargo no es así, el fondo verdadero del libro es el amor, no como expresión del deseo carnal, sino como inclinación vivísima del alma hacia lo bueno, lo bello y lo verdadero. Los tres personajes, ejes cada uno de una de las pequeñas novelas, la marquesa de Monte mayor, Esteban y el tío Pio, son tres ejemplos de amor: amor de madre, amor de hermano, amor de amigo. Son tres casos de amor desgraciados, al mismo tiempo que de amor abnegado.

No obstante, lo mas bello de "El Puente de San Luis Rey" es el estilo, que motivó a Arnold Bennett, el famoso escritor inglés, uno de los arbitros literarios mas generalmente acatados por el publico de habla inglesa, a declarar "Una obra absolutamente de primer orden, cuyo estilo no ha sido superado en la época presente. A decir verdad, su perfección me ha deslumbrado". La característica de este estilo es su sobriedad al mismo tiempo que su mezcla de lo clásico y lo moderno.

La traducción de Ricardo Baeza es perfecta, pues consigue conservar las cualidades esenciales de la obra. Puede estar orgulloso del éxito obtenido y los lectores de que existan traductores como este.

José CAMPOS.

